

En el ahora denominado Museo Parque de Las Esculturas, estas obras colocadas a las orillas del Río Mapocho se confrontan a la naturaleza testigo mudo que las acompaña, así mientras el río no se detiene jamás, el arte juega con el tiempo de los espectadores que comparecen ante las piezas escultóricas.

Solo tres de estas manifestaciones se elevan en el ámbito de la escultura pública y estas tres aluden a lo trascendente. La primera de piedra de Raúl Valdivieso con símbolos tallados desprende su energía para traspasarla en el agua de una fuente que hoy desaparecida corta el paso del tiempo que la obra trunca no logra concretar.

La segunda de Federico Assler nacida de un material contemporáneo usa el color en un desplazamiento de formas distribuidas en gran despliegue jugando con el color , emanando gamas de violetas de los árboles, tonos que recuerdan a la paleta que algún día el escultor-pintor usó, una unión clara al servicio de tiempo.

La tercera se presenta en acero construido como un rectángulo limpio de una forma pura llena de luz frente al diálogo con el sol establecido desde el dibujo geométrico que se vuelca en el basamento en un laberinto.

Si la energía no es una cosa si no que precisa el orden de las cosas para convertirse y transferir su fragilidad, esta obra la logra plenamente.

El símbolo del laberinto en el pie nos remonta a Grecia con el "Guarda de la Larga Vida"; la inmortalidad.

La obra de Larraín penetra en el ámbito de lo humano y vemos que la ruta real que crea el visitador provoca la exclusión de otros desplazamientos, así es la vida llena de direcciones posibles pero ningún es igual de descubrir y develar.

Larraín entrega la llave del camino y el espectador la usa a su arbitrio, es un acto de libertad en un mundo de convenciones.